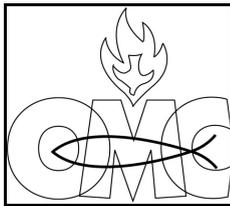


enciende

Misioneros Claretianos - Provincia Bética
1906-2006

Catequesis para adolescentes y jóvenes



Reunidos en la sala de reunión, hemos dispuesto en un lugar visible (por ejemplo, sobre una mesa situada en el centro) tantas velitas como participantes. Están apagadas y colocadas alrededor de unas velas de mayor tamaño (podrían servir las que se utilizan en muchos lugares para colocar junto al sagrario); éstas, a su vez, están colocadas también alrededor de otra vela de tamaño mayor (podría ser el cirio pascual de este año, u otra vela de tamaño significativo). Todas están apagadas al comenzar la reunión.

Experiencia

Tantas veces vivimos apagados, sin llama que calienta e ilumina... pero estamos llamados a iluminar, ser luz del mundo, encender nuestra vida en el fuego del amor de Dios. El testimonio de tantos hombres y mujeres nos estimula. Los recordamos y nos recuerdan nuestra misión cristiana.

Objetivos

- Caer en la cuenta de los “fuegos que no encienden”, que amenazan y destruyen nuestro mundo: conflictos, holocaustos (genocidios), rechazo y xenofobia, hambre y enfermedad, discriminación, violencia doméstica, explotación infantil, bombardeos, incendios forestales, tala de selvas, calentamiento del medio ambiente etc.
- Reconocer la presencia del “fuego de Dios” – fuego de esperanza, liberación y futuro: solidaridades, misión compartida, anuncio de buena nueva, generosidad, compasión... que se hace vida en tantos testimonios de entrega misionera, lejos y cerca...
- Suscitar propuestas de actuación para ser luz y encender la propia vida.

1. Presentación

El animador de la catequesis inicia el encuentro invitando a los jóvenes a la participación y a una actitud receptiva y animosa. Puede aludir también a la celebración del centenario de la provincia Bética. Con la ayuda del cartel del OMC, que puede ser objeto de lectura y comentario, centra la atención de los jóvenes como preparación al encuentro.

Dos lectores proceden a leer los dos textos iniciales:

- El primero es Lucas 12,49. Previamente se ha preparado un trozo de papel continuo en el que se ha escrito el texto y se ha colocado en un lugar bien visible. Se puede desvelar en este momento, o tenerlo colocado desde el principio.
Una vez leído el texto, se enciende la vela de mayor tamaño.
- El segundo es un texto de Eduardo Galeano (ver apéndice).

2. Fuegos que no encienden

- Distribuimos a los jóvenes en grupos. Cada grupo tiene revistas, cartulinas, rotuladores, tijeras, pegamento, etc. para escribir, dibujar, formar un “collage” de aquellos elementos y fuerzas que

promueven, alimentan y necesitan los fuegos de muerte, la destrucción, las guerras y otras manifestaciones de dolor, p.ej. el petróleo, la industria armamentista, el racismo y la xenofobia, la destrucción del medio ambiente, etc.

- Después de unos 15 minutos nos reunimos y explicamos con frases breves cuáles son los combustibles (= actitudes) que encienden los fuegos de nuestro tiempo.

- También reconocemos que muchas veces alimentamos las hogueras de la deshumanización, persecución y discriminación: pedimos perdón -en silencio o con breves frases espontáneas- por nuestros actos, omisiones, silencios, miedos cómplices con los fuegos de la actualidad y sus promotores.

3. Fuegos de vida

- El animador del encuentro (u otro lector) lee la Palabra de Dios (capítulo 66 del profeta Isaías):
“Alégrense y sean felices todos los que sufrieron dolor y luto. Porque Dios hará correr como un río la paz y como un torrente que inundará todo la justicia. Dios vendrá en medio del fuego y la tempestad a hacer justicia a su pueblo; a reunir a los refugiados y excluidos de todas las naciones. Desde los pobres y dispersos nacerán los nuevos cielos y la nueva tierra, y este nuevo pueblo permanecerá por siempre”.

- Fijamos nuestra atención en el artículo “Misioneros” (ver anexo) y se dejan 10 minutos para leerlo personalmente. En diálogo con quien está sentado al lado, comentan sus impresiones sobre el contenido del artículo. Señalan una/s frase/s que les parece sugerente o les llama la atención.

- Invitamos a los jóvenes a decir en voz alta algunas de esas frases. Al mismo tiempo quien dice la frase se levanta y enciende una vela del círculo intermedio (las de tamaño mediano). Esas velas representan a quienes encienden el mundo con su luz, luz recibida de la Luz que es Jesús el Señor.

- Se escucha la canción “Dios” (la letra está en el anexo). Si existe posibilidad se pueden proyectar las diapositivas adjuntas mientras se escucha la canción. Si no se pudiera, se escucha la canción sin más. Puede encontrarse en el LP “Bolsillos” de Pedro Guerra.

La audición de la canción puede dar ocasión a un breve comentario por parte del animador del encuentro, o diálogo de todos los participantes. Relacionar la canción con el texto comentado antes puede ser una línea de trabajo y de diálogo.

4. ¿Encendemos?

- Tres lectores leen los textos de Antonio María Claret (Autobiografía, 446-447. 494) propuestos en el anexo.

También se podría preparar un sobre para cada joven que contiene uno de los textos y se entrega a modo de carta o mensaje dirigido para cada uno.

- Invitamos a los jóvenes a proponer gestos concretos que muestran su voluntad de encender, ser fuego que ilumina... Se les entrega una tarjeta (tamaño pequeño) y escriben en ella de manera breve el gesto que han pensado. Se levantan de su sitio y se acercan y encienden una vela con el cirio

- Luego se acercan y encienden las velas pequeñas con el cirio testimoniando nuestro compromiso a ser fuegos activos y efectivos que iluminan, calientan, alimentan y protegen a los más débiles y pobres: Fuego-Espíritu centro de un Nuevo Pueblo en un Nuevo Mundo, comunidad verdadera de fraternidad, creatividad y esperanza compartidas.

Podemos concluir el encuentro cantando alguna canción alusiva al sentido del mismo.

Anexo

- Dice Jesús:

“Vine a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!”

[Lucas 12:49].

“Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta, contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos.

Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás.

No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores.

Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quién se acerca, se enciende”.

[Eduardo Galeano]

Misioneros

Esta mañana, cuando apenas rayaba el alba, ha entrado mi hija de tres años en la habitación, pidiéndome que apoquine un donativo para la Jornada de la Infancia Misionera. En su colegio, regentado por hermanas concepcionistas, le han hablado de otros niños de Guinea Ecuatorial o el Congo, Brasil o Filipinas, atendidos como ella por esta congregación misionera; niños que habrían muerto víctimas de enfermedades feroces o de pura inanición si esas monjas heroicas no hubiesen mediado en su tragedia. Como ellas, son miles los hombres y mujeres, religiosos y seglares, que un día cualquiera decidieron inmolarse en la salvación de otras vidas que languidecían en los arrabales del atlas; hombres y mujeres que, como cualquiera de nosotros, hubiesen preferido envejecer entre los suyos, disfrutando de las ventajas de una vida regalada, pero que respondieron sin rechistar a su vocación.

"¿Y qué es la vocación?", me interrumpe mi hija. "Es una llamada de Dios", empiezo un poco atolondradamente, pero como compruebo que mi hija no acaba de entenderme añado: "Dios nos habla a través de los niños que sufren". Y como temo que mi hija confunda a Dios con un ventríloquo, trato de explicarme: "En realidad, Dios está dentro de cada niño que sufre, Dios es cada niño que sufre. Pero sólo algunas personas elegidas saben verlo; mientras los demás miramos para otro lado, los misioneros miran a Dios a los ojos, lo toman entre sus brazos, le dan un trozo de pan, le curan las heridas...". "¿Y también le cantan para que se duerma?", me interrumpe mi hija, empezando a comprender. "Todas las noches", le respondo. "¿Y cuándo se duerme ellos también descansan?", insiste. "No, ellos siempre están despiertos, porque apenas han conseguido que uno de estos niños se duerma otro empieza a llorar". Mi hija frunce el entrecejo: "¿Dios también llora?". "También. Dios está llorando siempre", le contesto.

Y estos misioneros, centinelas perpetuos de su llanto, se dedican a apaciguarlo, sabiendo que su misión es incontable como las arenas del desierto. Están hechos del mismo barro que nosotros, incluso parecen más frágiles que nosotros, más adelgazados por las noches de insomnio, por el recuerdo de las muchas vidas que han visto consumirse, por el llanto que no cesa y la rabia de no ser omnipotentes; pero en sus cuerpos curtidos por el sol y adelgazados de vigiliadas se esconde un incendio de benditas pasiones que mantiene caldeada la temperatura del mundo. Quizá mañana mismo se den de bruces con la muerte, que les tenderá su emboscada bajo la forma de un contagio, o de una ráfaga de plomo; pero, entretanto, perseveran en su epopeya silenciosa, sin aguardar otra recompensa que la sonrisa de un anciano famélico, la mirada palúdica de un niño que apenas se sostiene en pie, la caricia exhausta de una mujer que los contempla entre las neblinas de la fiebre. Ellos saben que en esa sonrisa claudicante, en esa mirada desvanecida, en esa caricia de rendida gratitud se esconde Dios.

Son veinte mil españoles, entre los cientos de miles que se reparten allá donde las hambrunas y las guerras endémicas triturar vidas ante la indiferencia de los politicastos y los noticieros televisivos. **Si mañana dimitieran de su misión, la noche se abalanzaría sobre el mundo. Seguimos vivos porque el**

fuego que los enardece no declina su llama. Son veinte mil españoles para atender la muchedumbre del dolor, para apaciguar el llanto multitudinario de Dios que se copia en las lágrimas de cada hombre que sufre, para llevar el Reino a los parajes más arrasados del planeta. Son veinte mil hombres y mujeres salvando cada día a millones de niños. Y necesitan nuestra ayuda: nuestro aliento, nuestra gratitud y también nuestro dinero.

José Manuel de Prada

DIOS (Pedro Guerra, LP Bolsillos)

Alguien lo vio
en el bolsillo de la nigeriana
que embarazada atravesó el estrecho

Alguien lo vio
buscando un hueco entre los refugiados
que en Ingushetia son como desechos.

*Vela por nosotros
y por nosotras, vela.
Muchas y muchos creen que existe
y, justo y generoso,
vela por nosotras y por nosotros,
dicen que vela.*

Alguien lo vio
en la mirada del muchacho negro
que lleva al hombro un arma de combate.

Alguien lo vio
en los burdeles sucios de Manila
junto a la niña que vendió su padre.

*Vela por nosotros
y por nosotras, vela.
Muchas y muchos creen que existe
y, justo y generoso,
vela por nosotras y por nosotros,
dicen que vela.*

Y es que somos iguales.
Todas y todos, sí,
somos iguales ante sus ojos.

Alguien lo vio
entre los huesos de las mejicanas,
desperdigados por todo el desierto.

Alguien lo vio
cuando el sicario se guardó el revólver
y entre los coches descansaba el muerto.

*Vela por nosotros
y por nosotras, vela.
Muchas y muchos creen que existe
y, justo y generoso,
vela por nosotras y por nosotros,
dicen que vela.*

*Vela por nosotros
y por nosotras, vela.
Muchas y muchos creen que existe
y, justo y generoso,
vela por nosotras y por nosotros,
dicen que vela.*

*Vela por nosotros
Y por nosotras vela.*

Textos de Antonio María Claret

¡Oh Jesús mío!, te pido una cosa que yo sé me la quieres conceder. Sí, Jesús mío, te pido amor, llamas grandes de ese fuego que has bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; **enciéndeme, abrásame**, derríteme al molde de la voluntad de Dios.

¡Oh Madre mía María! ¡Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que te sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concédemelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor, socórreme, sácíame! ¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, **enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!**

Yo me digo a mí mismo: Un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura por todos los medios **encender a todo el mundo en el fuego del divino amor.** Nada le arredra; se goza en las privaciones; aborda los trabajos; abraza los sacrificios; se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. (Autobiografía, 446-447. 494)